

## CAPITULO VI.

**De Cómo el glorioso Señor San José es patrón de las Vírgenes y de los Sacerdotes.**

Es una piadosa costumbre el representar á Señor San José teniendo en sus manos un magnífico ramo de azucenas, cuyas flores encantan nuestros ojos por el brillo de su corola inmaculada. Este gracioso símbolo nos manifiesta la admirable pureza de cuerpo y de alma que conviene á nuestro Patriarca, sobre todos los santos de la antigua y de la nueva Alianza.

Si nos remontamos en el pasado, hasta los tiempos antiguos cuya historia nos ha conservado el *Génesis*, encontramos esta prerrogativa del Esposo de María representada en la persona de José, hijo de Isaac y de Jacob. El hijo de Jacob y de Raquel, posee las mas altas virtudes con eminente perfección: sin embargo, ninguna de ellas brilla con mas esplendor que la pureza, de la cual dá pruebas en la casa de su amo Putifar. En la flor de su juventud, y en la edad en que las pasiones mas ardientes son mas difiles de contener bajo una legítima obediencia, José tie-

ne el valor de imponer una exacta reserva á todos sus sentidos, para no abusar de la confianza de su señor, el cual ha puesto entre sus manos todo lo que posee. No solamente él no procura de por sí satisfacer esas vergonzosas inclinaciones que llevamos en nosotros mismos como fruto maldito de los pecados de nuestros padres y de nuestras faltas personales; sino que, cuando la ocasión se presenta, sabe resistir al pecado con valor; y las mas fuertes sollicitaciones le encuentran siempre inexpugnablemente firme en la virtud.

Es verdad que los hermanos de José están muy lejos de seguir, todos, los mismos pasos en ese camino de una pureza conservada cuidadosamente. Rubén, por su audaz empresa atrae sobre sí la maldición de su padre, y se priva del derecho de primogenitura. Judá, por un pecado vergonzoso mancha la santidad de la tribu, que no obstante debe ser, según la profecía de Jacob, el tronco de donde saldrá el Mesías. Entre los otros hermanos de José muchos no parecen exentos de reproche en cuanto á los pecados de la carne; porque según la mayor parte de los intérpretes, debe ponerse en esta categoría aquel *crimen muy vergonzoso*, del cual se vió obligado José

á acusarlos en presencia de sus padres. (1) Brilla pues, en medio de ellos como una excepción muy singular; y el esplendor ya tan puro de su virtud, se encuentra aun grandemente realzado por el contraste de las faltas de sus hermanos. Todas estas circunstancias *figurativas* son otros tantos presagios que sirven para darnos á conocer anticipadamente cual será la santidad virginal del Esposo de María, de ese José que debe realizar en su Persona todas las *figuras* presentadas ya en el José de los tiempos antiguos.

Según la tradición de los Doctores y de los Padres, Señor San José ha perseverado toda su vida en una virginidad perfecta. San Pedro Damiano llega á decir, (2) que la *Fé de la Iglesia* reconoce como vírgenes no solamente á la Madre de Dios sino también á su Santo Esposo. Sólo que, cuando se trata de explicar, ó aun cuando se trata de comprender con qué plenitud poseía el Padre de Jesucristo esta virtud tan arrebatadora, nos faltan á la vez los pensamientos y las expresiones.

(1) Joseph cum sexdecim esset annorum, pasebat gregem cum patribus suis adhuc puer: et erat cum filis Balæ et Zelphe uxorum patris sui; accusavitque apud patrem crimine pessimo. (Gen. XXXVII).

(2) Epist., 11.

Dios le destinaba á vivir tan de cerca en la sociedad de los dos seres mas puros que haya conocido nuestra pobre tierra. ¿No debía estar su inocencia á la altura de un destino tan sublime? ¿Y no era necesario que su virtud así como la virtud de María no fuese indigna de Aquel que se complace en *apacentar entre los lirios?* (1)

Muchos hay que convertidos después de largos años pasados en los pecados y en los vicios, no traen al servicio de Jesucristo y de María mas que una alma manchada por las huellas de sus pasadas iniquidades: es verdad que se esfuerzan en reparar sus desórdenes; mas durante muchos años, su memoria, su imaginación, y aun su mismo cuerpo parecen acordarse de las horribles manchas que produce la impureza en todos los que la cometen. En José no hay nada de esto: José es como un río cuyas límpidas ondas no han sido jamás turbadas y que arrastra sus aguas apacibles, transparentes y siempre puras.

Muchos graves Doctores piensan que Señor San José, desde el seno de su madre fué purificado de la mancha original. (2) Es difícil

(1) Cant., II.

(2) *Itae* Gerson., *hom. de Nativ. B. Mariæ Virgi.*

no ser de su opinión cuando se consideran las relaciones tan íntimas que debían unir á nuestro Santo con la Fuente de toda pureza, con Jesucristo nuestro Señor. Para ser la Madre del Hijo de Dios, era necesario que María fuese concebida sin la mancha original, toda pura y toda Inmaculada. José, para servir de Padre al Hijo de Dios, debía tener alguna gracia análoga, aunque sin embargo, menos eminente; y por consiguiente, la santificación debió para él seguir de cerca á la concepción. No leemos que Jeremías fué purificado desde antes de su nacimiento? (1) Y José, ¿no es superior á este profeta, que debía conocer solamente de muy lejos por visiones figurativas, al consolador de sus males, y de los males de toda la humanidad decaída? ¿No se piensa generalmente que Juan Bautista fué santificado desde el sexto mes que siguió á su concepción, cuando su Madre fué saludada por María? Y siendo Señor San José más que Juan Bautista, puesto que ha re-

*nis, et alibi ait hoc asseri in off. Hierosolymitano. Ita etiam Jacobus de Valentia, super Magnificat. (Citantur a Corn. a Lap. Math., I).*

(1) Antequam exires de vulva sanctificavit te. (Jer., I).

cibido la gracia de ser *el Padre* de Aquel á quien Juan Bautista se limitaba á bautizar en el Jordán, ¿cómo pues, osaríamos negar á José una gracia que Jeremías y Juan Bautista han obtenido? ¿Cómo creeríamos que Jesucristo haya reusado conceder á *su Padre* un favor que concedía algunas veces á los servidores y á los súbditos?

Mas ¿quién podrá decir con qué solicitud tan continua vigiló José sobre este precioso tesoro de santidad que había recibido prematuramente de la liberalidad divina? Aquellos á quienes Dios elige para algún alto destino se preparan, sin saberlo, por algunos instintos secretos que el Espíritu Santo les comunica, á las eminentes funciones que deben ejercer en la Iglesia. Sin duda que José no pudo dejar de sentir dentro de sí, esos toques misteriosos del Espíritu que sopla sobre las almas, sin que podamos comprender *ni de dónde viene ni á dónde va*. Durante todos los años de su infancia, de su adolescencia y de su juventud; hasta el día en que le fué manifestado su destino, hasta el día en que el sacerdote puso su mano en la mano de María, uniéndolos el uno al otro en el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; José, dirigido secretamente por una voz interior,

no cesó de velar sobre su inteligencia, sobre su voluntad y sobre todos sus sentidos, para guardarlos enteramente puros en la mas rigurosa castidad.

Una vez admitido en la continua sociedad de la Virgen de las vírgenes, de la Santísima Virgen María, la pureza fué aumentándose en él continuamente. Algunos piensan que fué una gran prueba de la virtud de José el permanecer enteramente inaccesible á las llamas de la concupiscencia, viviendo en un comercio familiar con la mas bella y la mas amable de todas las criaturas que hay en el cielo y en la tierra. En cuanto á nosotros, sin querer atacar su opinión, no podemos conformarnos á ella: pues por el contrario, parecenos que la modestísima María, muy lejos de excitar en el corazón de aquellos que se le acercaban, esas tentaciones difíciles de combatir, debía por su pureza, toda celestial, extinguir los deseos peligrosos que las pasiones humanas acostumbran excitar (1) ¿No vemos que aun ahora, los fieles siervos y los hijos

(1) Ita inter alios S. Thomas. 2. dist. 2. q. I., art. 2. ad 4. Gratia sanctificationis non solum repressit in Virgine motus illicitos, sed etiam in aliis efficaciam habet; ita ut quamvis esset pulchra corpore, a nullo concupisci potuerit.

devotos de María, muy lejos de encontrar en su belleza arrebatadora, la ocasión de alguna caída, aprenden, por el contrario, en su devoción, una cierta delicadeza de castidad que no conocen las otras almas mas extrañas á la devoción hacia esta amable Soberana? José debía pues, experimentar en la sociedad de su Esposa unos beneficios del todo semejantes, aunque mucho mas intensos; puesto que su alma estaba incomparablemente mejor dispuesta, y que la divina María estaba allí siempre presente á su lado, para llenarle de la mas admirable pureza.

¡Felices los cristianos privilegiados, que siendo hijos de una familia piadosa han visto trascurrir sus días cerca del hogar doméstico, en la sociedad de una madre llena de las castas virtudes que la gracia de Jesucristo sabe hacer nacer en el fondo de los corazones! ¡Felices los cristianos privilegiados, á quienes Dios en su misericordia ha hecho el presente de una hermana virgen, modesta y piadosa, cuya presencia destierra muy lejos todo pensamiento malo, y cuya sonrisa parece derramar á su alrededor como los rayos luminosos de la pureza! Pero mucho mas dichoso Señor San José, sin duda ninguna; porque las hermanas, las madres y las esposas

cristianas, ven palidecer y borrarse su inocencia, en comparación de la inocencia inmaculada de María. Y sin embargo, Señor San José tuvo la dicha inefable de respirar muy de cerca, y durante muchos años, los suaves perfumes de esta Flor celestial que los cielos nos habían prestado.

Jesucristo, con sus conversaciones y sus caricias, acababa de colmar al dichoso José de la pureza mas perfecta. Jesucristo es el *lirio de los valles*: (1) y todavía aún el *lirio* que crece *en los valles*, al abrigo de los fuertes vientos que pudieran manchar por algunos pequeños granos de polvo la blancura de su corola; aun el lirio mas suave, no es mas que un pálido símbolo del alma purísima y del cuerpo virginal de Jesucristo. Su mirada, su sonrisa, su palabra, su presencia, todo en Él, hace huir las tentaciones del enemigo; todo hace nacer en las almas de aquellos que se acercan á su Persona adorable, esa paz inefable *que supera á todo sentido*. (2)

Y entretanto el glorioso Señor San José, fué admitido durante muchos años en la sociedad de este divino santificador de nuestros

(1) Cant., II.

(2) Phil., IV.

cuerpos y de nuestras almas! José desde los primeros momentos del nacimiento del Señor, fijó sus ojos ávidos en el semblante del Niño celestial: José no le dejó ni un solo día en Belén, en Egipto y en Nazaret; José, muchas veces, mejor que el anciano Simeón, le recibió en sus brazos, cantando cánticos de alegría; José le vió crecer á su vista, desde la infancia hasta la adolescencia, y desde la adolescencia hasta la fuerza viril que conviene al hombre perfecto. Parece que, si por imposible, hubiese sido José, el alma mas mundana y mas dura, tantos años de una sociedad tan maravillosa, habrían bastado para hacerle igual á los ángeles en pureza. ¿Qué debemos, pues, pensar de sus castas virtudes, si tenemos en cuenta la larga preparación que traía para la recepción de tantas gracias, y de la exacta correspondencia con la cual aprovechaba todos estos beneficios?

Así vemos que Señor San José parece vivir familiarmente con los ángeles, esos espíritus de luz, que son arrojados por los pecados impuros, pero que la castidad hace descender cerca de nosotros. No hay duda que la amable casa de Nazaret estaba toda llena de esos

mensajeros del Rey de gloria. (1) Podemos suponer piadosamente que muchas veces, los interiores de José se abrían por permisión de Dios, como ha sucedido con otros muchos santos y santas; y el Padre de Jesucristo, el Esposo de María, se unía á estos bienaventurados huéspedes para tributar sus deberes de respeto y de amor, ya al Verbo encarnado, ya á su augusta Madre.

Así es que no nos sorprendemos al ver que los ángeles aparecen al Señor San José en ciertas circunstancias mas solemnes que encontramos descritas en las relaciones del Evangelio. Cuando el santo Esposo entra en una cruel angustia con motivo de la gravidez de María; cuando se pregunta con inquietud cómo debe conducirse para con Aquella que parece haber concebido por alguna inefable operación del Dios Altísimo, á ese Mesías cuya Madre virginal estaba anunciada hacia tanto tiempo por Isaías: en medio de estas dudas tan penosas, *un ángel* es el que se muestra á Señor San José, para dictarle en el nombre de Dios la conducta que debe seguir.

(1) Non dubium illam (domum) plenam fuisse Angelis ministrantibus Virgini quasi Reginae Coelorum, ac Christo quasi Domino Deoque suo. (Corn., a Lap., cap. I, Math.,

Quando el malvado Herodes quiere envolver al Niño Jesús en la matanza de los primogénitos de Belén, es por *un ángel* por quien Dios manifiesta á Señor San José sus voluntades acerca de Jesús y de María. Cuando el tirano cruel fué á recibir á los infernos el castigo de sus crímenes, *un ángel* es el que muestra á Señor San José para mandarle que vuelva á la Judea. En medio de estas apariciones sucesivas, no vemos que Señor San José manifieste alguna turbación ó temor: sin duda la presencia de los santos ángeles era para él como una dichosa costumbre. Siendo *ángel* mas bien que hombre, (1) y semejante por su pureza virginal á esos espíritus de luz, merecía la gracia de vivir con ellos en la mas constante intimidad.

Todas estas consideraciones diversas, nos conducen naturalmente á mirar á nuestro bienaventurado Patriarca como el modelo de las vírgenes, y como el protector de los cristianos que procuran conservar intacto, en una carne frágil, el tesoro de una perfecta pureza.

En primer lugar, Señor San José es el Patrón de aquellos que mas se le asemejan; de aquellos que, unidos por los lazos sagrados

(1) Ita, Corn., a Lapide, in cap. I. Math.

del matrimonio, viven sin embargo en una perfecta continencia, como hermano y hermana, á ejemplo de los Esposos de Nazaret. Ciertamente que no considerando sino la debilidad humana, parece que una virtud tan difícil supera á todas las fuerzas del hombre. No somos mas que una paja lijera: ¿cómo pues, podriamos acercarnos al fuego sin quemarnos? Mas es preciso tener en cuenta la grandeza de la divina gracia; y la poderosa protección que Señor San José concede á estos heroicos imitadores de sus virtudes. Su benéfica influencia es en verdad mas grande de lo que llegamos á comprender; y podemos creer piadosamente, que no es extraño á las heroicas virtudes de muchos santos cuyo recuerdo nos ha conservado la historia.

El emperador Marciano y su esposa Santa Pulcheria, viven en la mas perfecta continencia, como ella lo había exigido antes de llamar al valiente capitán al honor de sentarse á su lado en el trono. Otro emperador, Enrique I, dice en su lecho de muerte á los padres de su esposa: *Virgen la he recibido de vosotros y virgen os la devuelvo hoy*. Eduardo, rey de Inglaterra, guardó una castidad semejante con Edith su esposa; y así, el Apóstol virgen, San Juan Evangelista, vino, á la hora

de su muerte, á buscarle para conducirlo al cielo. Santa Cecilia y su esposo Valeriano, por precio de una continencia igual, reciben de mano de los ángeles unas coronas celestiales, formadas de lirios y de rosas. San Julian y Santa Basilisa hacen voto de castidad la primera noche de sus bodas. Entonces los ángeles se les aparecen cantando, para felicitarles de su valerosa resolución, que debe ser reómpensada desde esta vida por una gran fecundidad en el orden espiritual de la gracia; porque Julian y Basilisa engendran á Dios legiones enteras de fieles, santificados por la virginidad y el martirio. (1)

¿Y creemos acaso que la diestra del Señor se haya acertado y que Aquel que preservó de todo mal á Daniel en la fosa de los leones, y á los tres niños en el horno, no sepa ya hoy, como en otro tiempo, conservar á los que le invocan, una castidad perfecta, en medio de las ocasiones peligrosas? ¿Creemos que el matrimonio tan púdico y tan santo de José y de María, no encuentre ya entre los fieles, almas generosas que se consagren á la imitación de una virtud tan sublime? Si pudiésemos leer en el fondo de los corazones, ve-

(1) Ex Corn., a Lap. in cap. I. Math.

riamos al descubierto los grandes prodigios que obran todavía ahora, aun en medio de la corrupción de los hijos del siglo, la respetuosa devoción á Señor San José, y el tierno amor de la Santísima Virgen María. Mas es preciso dejar á los ojos de Dios esas virtudes secretas y ocultas que contempla con delicia: llegará un día en que todas las buenas obras de los fieles serán manifestadas á los ojos del mundo entero, para mayor gloria de los santos, y mayor vergüenza de los culpables: esperemos esta hora de luz para apreciar dignamente los méritos y el poder de Señor San José.

Por ahora, preciso es reconocer que la virginidad conservada en medio de los lazos del matrimonio, no es sino una rara excepción, propia solamente de las almas mas generosas y de los corazones mas piadosos. Y así es que, no solamente sobre esta clase privilegiada extiende Señor San José el cetro de su benéfica protección; sino que tiene por clientes á todos los vírgenes de ambos sexos, á todos aquellos que se entregan á Dios para conservar su cuerpo y su alma, sea temporalmente, sea para siempre, en los esplendores de una entera castidad: este gran santo se interesa por todos, cualquiera que sea su sexo, su

condición ó su edad; y todos reciben de él grandes auxilios si son fieles en invocarlo. Vamos pues á Señor San José; y cuando nos veamos atacados por esas tentaciones impetuosas, de que Dios se sirve algunas veces para aumentar los méritos de aquellos que perseveran con valor hasta el fin, pidamos á nuestro glorioso Patriarca esa continencia inquebrantable, esa serenidad siempre igual que supo conservar tan intactas á pesar de todas las astucias y todos los esfuerzos del tentador.

Sobre todo, debemos considerar á Señor San José como el protector especial de *esos vírgenes* que se le asemejan mas de cerca, porque entran en una sociedad mas íntima con Jesucristo y María; como el protector *de los sacerdotes*, que están obligados á tener una devoción mas tierna para con María, y que llevan tan frecuentemente á Jesucristo en sus manos.

Para la multitud de los fieles, María es una poderosa Soberana, á quien deben servir con un celo lleno de ardor, así como lo piden sus admirables perfecciones: es una Señora muy liberal que recompensa con usura la devoción de sus fieles siervos; es también una Madre á quien los cristianos deben amar con



ternura, y que mira con amor, apesar de sus grandes y numerosas miserias, á aquellos que se dicen sus hijos. Pero qué, ¿María no es nada más para *el Sacerdote*? Y aquellos que están elevados tan altos por la gloria del caracter sacerdotal, ¿no reciben, en esas regiones mas sublimes, como unas relaciones nuevas, que los unen de mas cerca con la Reina del universo?

Preguntad á Santo Domingo, si acaso consiente en entregaros uno de los mas queridos secretos de su grande alma. Para el sacerdote, que todos los días dá á luz al Dios de las almas, por sus trabajos apostólicos, María no es solamente una Reina, una Señora y una Madre á quien debe *servir* con celo; para el sacerdote es también una *Esposa según el espíritu*, que trabaja con él para el alumbramiento de los hijos de Dios. ¿No decía el Creador en el Paraíso terrenal, «que no era bueno que el hombre estuviese solo?» Pues tampoco es bueno que el sacerdote *esté solo*; y María es para él, si es permitido decirlo, esa *Compañera* necesaria, cuyos encantos divinos deben consolarle suavemente en medio de sus fatigas, y cuya oración, siempre victoriosa, debe cumplir lo que sin ella faltaria á sus trabajos.

Que los sacerdotes vayan pues, á Señor San José, para aprender con él el gran secreto de tratar dignamente con una Esposa tan perfecta, y para instruirse acerca de todos los diversos afectos con que están obligados á honrarla. Es necesario el respeto, porque María para el sacerdote lo mismo que para José, es una gran Princesa, deslumbrante con el divino adorno de sus gracias. Es necesario el amor, porque lo que pide María al sacerdote, lo mismo que á José, no es el homenaje de una lejana servidumbre, sino la dulzura de un afecto lleno de encantos. La reserva, la modestia, la humildad, la perseverancia y otras mil virtudes, son también necesarias: que vaya pues el sacerdote á Señor San José y le pida algo de la maravillosa prudencia con la cual templaba todos sus homenajes, para ofrecer á su Esposa unos servicios que no fuesen indignos de Ella, y que la honrasen justa y plenamente.

Que el sacerdote pida también á nuestro Santo las disposiciones necesarias para llevar sin irreverencia en sus manos el Cuerpo preciosísimo de Jesucristo nuestro Señor. Todos los días, ó casi todos los días, el sacerdote al pie del santo altar, eleva, deposita, vuelve á tomar, y distribuye á los fieles la